

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

## Lecciones <sup>(1)</sup>

(Continuación.)

El individuo (animal) es tanto más perfecto cuanto más se emancipa del Estado. Sus diversos órganos, y, por consiguiente, todas sus capacidades, ganan en energía interior y en belleza exterior. Tanto por el conjunto como por todas las partes distintas de su organismo, se eleva á un grado de desarrollo más completo. La anarquía templá los órganos, aguza los sentidos, aumenta las fuerzas del espíritu. Luchando solo, á la vez, contra los elementos y contra todos los enemigos conjurados en contra suya, el individuo ejerce en la anarquía sus órganos y sus capacidades, y llega por esta lucha á la independencia y á la espontaneidad necesarias para él. ¡Qué diferencia entre el chacal ó el lobo que viven en asociaciones republicanas relajadas y el zorro que arregla anárquicamente sus propios asuntos, viviendo solo en su caverna construída por él mismo, después de una infancia muy corta pasada bajo la disciplina paternal!

Todos los que ensalzan el poder del Estado creyéndolo superior á la libertad, deberían avergonzarse en presencia de este hecho natural tan simple que se deja analizar hasta en sus menores detalles.

Mi amigo Saint-Simon de Trèves, tuvo mil veces razón cuando partiendo de un principio filosófico dejó sentado que la anarquía, la libertad completa de los individuos, es el objetivo supremo de la humanidad; cuando afirmó que cada forma del Estado, cada ley, es una señal de la insuficiencia de nuestra civilización. Cada átomo animado aspira á la anarquía, tiende hacia la emancipación y no se desarrolla ni alcanza un estado más perfecto que bajo los rayos de este sol llamado libertad.

Que todos los que sienten vivos deseos de perfeccionamiento de la raza humana, dirijan, por lo tanto, todos sus pensamientos y todos sus esfuerzos hacia este grande objetivo de actuar la anarquía tan pronto como sea posible y tan completa y universal como asimismo sea posible. Falsos profetas son los que se imaginan poder salvar la humanidad por medio de las leyes, de los sistemas y de las instituciones del Estado; falsos profetas son los que prometen hacer felices á los hombres por medio de cambios de gobierno y sistematizando la felicidad que ha de caer sobre ellos procedente de lo alto.

La marcha progresiva de la humanidad hacia lo mejor no puede efectuarse sino por la anarquía y el objetivo de todos sus esfuerzos y de todas sus aspiraciones no puede ser otro que la anarquía.

(1) Véase núm. 25.



Sí, la anarquía; pero su realización no podrá ser posible sino con la aplicación de los principios que nos enseña la observación del mundo animal; por el cambio de la situación material, por la mejora sucesiva de la alimentación y por el establecimiento final del equilibrio entre los diferentes compartimentos del cerebro por medio de una administración de víveres conforme á este objetivo. Sin esto no es posible esta anarquía que los cortos de vista llaman desorden, pero que á nosotros se nos aparece como la obra de la armonía universal (*des sphären*).

De *Die Thierstaatew* (Los Estados del mundo animal), año 1847.

Carlos Vogt. Zoólogo.

Un día Forel reunió en un mismo aparato amazonas, hormigas sanguíneas y otras cuatro ó cinco especies dejándolas crecer juntas. Las amazonas no mostraron en nada su ferocidad habitual, permanecieron tranquilas y como suele suceder cuando se las cría juntas, todas se condujeron muy bien, se repartían y daban mutuamente la miel, etc. Cuando Forel las puso en libertad permanecieron juntas y se transportaron recíprocamente al nuevo domicilio. Una pequeña *sanguínea* quiso apoderarse de una amazona para transportarla. Durante el trayecto, la conducida procura por lo general hacerse un ovillo sobre la cabeza de la que la lleva á fin de facilitarle sus movimientos. Pero como la amazona no ejecutó ó no quiso ejecutar esta maniobra, la *sanguínea* se contentó con cogerla por una pata y arrastrábala de este modo hacia el nido. Ésta se encabritaba, pero como no llegó hasta morder, la conducción se efectuaba tranquilamente. Al cabo de poco rato la *sanguínea* soltó á su compañera para ir á reconocer el terreno. Azorada la amazona se puso á correr de uno á otro lado. Una *rufa*, ú hormiga de los bosques, perteneciente á la misma asociación, que pasaba por allí por casualidad y viendo el azoramiento de la amazona, quiso transportarla más lejos. Opúsose desde luego la amazona y como las hormigas de los bosques no suelen brillar por su habilidad, no supo como arreglárselas para lograr su objeto. En este instante vuelve la *sanguínea* y con sus antenas se puso á tocar las de la *rufa*. La explicación debió ser satisfactoria, pues la última soltó su presa y cedióla á la amazona que la condujo al nido.

Esta amistad, artificialmente creada entre especies diversas y naturalmente hostiles, demuestra hasta la evidencia hasta que punto la educación y las primeras impresiones de la juventud pueden modificar el carácter innato y el «instinto».

La superioridad natural que la edad, la fuerza y la experiencia aseguran á las hormigas más viejas sobre sus compañeras, parece constituir el único privilegio del individuo en esta república donde reinan la libertad y la igualdad. Los observadores más verídicos se ven obligados á confirmar la opinión de Salomón, ya citada por nosotros, á saber: que las hormigas, lo mismo que la sociedad de las abejas, avispa, etc., no tienen jefes, ni grandes, ni directores, y que no por esto marchan mal. El sentimiento del deber basta para mantenerlas dentro del orden y hacer cumplir su labor. Algunos observadores, como Ebrard, han hablado, no obstante, de jefaturas, pero Forel asegura que esto no son más que creaciones de su imaginación. En apoyo cita la opinión de Huber, el cual ha demostrado que las hormigas nunca tienen jefes, que las mismas esclavas no sufren jamás sujeción ninguna de parte de sus dueños, y se declara pronto á sostener dicha opinión por no haber visto nunca á una hormiga ejercer una autoridad cualquiera sobre sus compañeras. Una obrera de gran tamaño, será, es verdad, preferida á una pe-

queña, e  
talla, y s  
paña es  
apropiac  
diferen  
las más  
propias  
hemos c  
europea  
su pape  
perfecta  
y dice q  
guntars  
llevado  
sociedad  
ello? El  
sociedad

Resp  
ninguna  
parte es  
poner lo  
que el p  
el hecho  
en cier  
ponen m  
danas. I  
ha obse  
se com  
reinas  
extraño  
Aquí la  
volunta  
toman  
entre lo  
á las qu  
merable  
mania,  
ranos ó  
Que se  
haciend  
siervos  
hasta e  
en los t  
razón  
sólo es

De L



queña, el objeto de la atención de las demás, pero esto únicamente á causa de su talla, y si las más grandes marchan á la cabeza de un cuerpo de ejército en campaña es únicamente para protegerle, misión para la cual las pequeñas no están apropiadas. Pero si se trata de un cambio de habitación no se observa ninguna diferencia en la actividad desplegada por las obreras de diversa talla, únicamente las más pequeñas parecen ser más laboriosas, las grandes más belicosas, más propias para la guerra. Las mismas guerreras ó soldados que forman, según hemos dicho, una clase aparte, distinta de las demás neutras, en ciertas especies europeas y en casi todas las especies tropicales, no gozan de ninguna autoridad: su papel consiste en servir á la comunidad, no mandarla. Mc. Cook afirma la perfecta independencia personal de cada individuo de la república de las hormigas, y dice que no tienen jefes, ni grandes, ni quien mande. Tentado está uno á preguntarse por qué no ha de ser posible entre los hombres un «selfgovernment» llevado á este extremo como el de estas hormigas. ¿Por qué suponer que en una sociedad completamente libre el hombre no iba á trabajar de no verse obligado á ello? El ejemplo de las hormigas está aquí para probarnos que la existencia de una sociedad así organizada es del todo compatible con el trabajo voluntario de todos.

Respecto á las hormigas reinas hemos hecho observar ya que no gozan de ninguna especie de autoridad. Su título está justificado solamente porque no toman parte en los trabajos que ejecuta la sociedad, no tienen más función que la de poner los huevos, y viven en un *dolce far niente*, en una ociosidad opulenta, de la que el pensar y el trabajo están desterrados. Se parecen á los reyes humanos en el hecho de que se hacen mantener por su casi-súbditos, pero de ellos se distinguen en ciertos casos particulares por el rasgo siguiente: cuando la necesidad lo exige ponen manos á la obra y no desdennan ejecutar el mismo trabajo que sus conciudadanas. Lespés nos ha citado un curioso ejemplo de esto. En el mediodía de Francia ha observado una pequeña especie de hormigas cuyas sociedades poco numerosas se componen de cerca de sesenta miembros y entre los cuales se cuentan veinte reinas que trabajan como las demás. He ahí un fenómeno anormal que da un extraño mentís á la teoría de un objetivo perseguido por las leyes de la naturaleza. Aquí la cifra desproporcionada de las reinas se atenúa un poco por la renunciación voluntaria del privilegio de ociosidad, pues que despreciando su dignidad real toman parte en los trabajos de su pueblo. ¿Se ha visto alguna vez algo semejante entre los *hombres*? ¿Cuántas anomalías sociales se ven en estos últimos análogos á las que acabamos de mencionar entre las hormigas? Que se piense en los innumerables pequeños príncipes del África, ó en el estado político de la antigua Alemania, donde varios centenares de príncipes, condes, obispos y arzobispos soberanos ó independientes se repartían el dominio sobre algunos millones de hombres. Que se piense en los bellos tiempos de la caballería romántica, en que cada noble, haciendo sonar sus espuelas, mandaba á una multitud más ó menos numerosa de siervos ó de subordinados. ¿Se vió alguna vez uno solo de estos tiranuelos elevarse hasta el noble sacrificio de una reina hormiga y cooperar con sus propias manos en los trabajos de sus súbditos? Ahora ó nunca llegó el caso de recordar que la *razón* es exclusiva del hombre, y que el animal (según la opinión de los filósofos) sólo está guiado por el *instinto*!!!

De La Vida psíquica de las bestias.

Luis Büchner

(Continuará.)



## El Congreso Internacional Socialista de Amsterdam

Nuestro camarada Kropotkin dijo en sus preciosas Memorias, que cada congreso de la antigua Internacional fué una etapa, en sentido progresivo, del movimiento socialista. De los últimos congresos internacionales socialistas se puede decir que cada uno ha sido un retroceso, un paso atrás. Después del congreso de Londres, en 1896, de donde fueron expulsados los anarquistas, se ve claramente que éstos congresos no tienen de socialismo más que el nombre, la etiqueta. Leed sus debates y decid luego que tienen que ver con el socialismo. Nada, absolutamente nada. Son congresos reformistas, radicales, pero de ningún modo socialistas. ¿Y los congresistas? No son obreros; son *arrivistes*, gentes que quieren llegar ó que han llegado á ser figuras. Discutieron la suerte de los obreros como si fuesen sus tutores, sin escuchar á los obreros. Se ha discutido sobre los obreros y sus intereses sin que hubiese obreros en el local. Hasta el aspecto exterior del congreso fué burgués, ninguna señal de que los congresistas fuesen obreros. Tomad como ejemplo característico al ciudadano Sigg, de Suiza, al ciudadano Ferwogne, de Amberes, y al ciudadano Van Kol, de Holanda. Lamento no saber dibujar, de lo contrario haría su retrato y creo que sería muy significativo y que se comprendería enseguida lo que quiero decir.

Un congreso como el de Amsterdam es un gran bombo, y la oficina internacional ha demostrado que puede sostener la competencia con los Barnum y los Bailey. El aspecto general era completamente igual al de un parlamento cualquiera; con la sola diferencia de que en el Parlamento la libertad de la palabra

es mayor que estos congresos. Se ve que no gustan de discusiones, basta ver el reglamento de orden para convenirse. ¿Qué diremos, por ejemplo, del acuerdo que concedía diez minutos á lo sumo á cada orador? En diez minutos es imposible haya grandes discusiones sobre temas serios. Esto no es la libertad de la palabra, es su caricatura.

Una vez el presidente confesó claramente: «¿Para qué discutir? No somos niños; cada uno tiene su convicción, son, por lo tanto, supérfluas las grandes discusiones. Basta con escoger directamente.» Entonces, ¿para qué sirve un congreso? Podía comenzarse votando y marcharse enseguida.

Otra prueba. En el seno de la comisión sobre la táctica, se habló durante tres días y las discusiones fueron secretas. Los miembros de esta comisión no pudieron asistir al congreso. Se tomó, por último, una decisión, ¿pero cómo? Bebel decía que sería imposible repetir todos los debates en una sesión plena y proponía dar un sucinto informe de las discusiones. La deliberación de Dresde, dijo, podrá de este modo ser aceptada en el Congreso sin discusión, ó siquiera con la menor discusión posible. Es decir, nada de discutir. Afortunadamente fracasó su intención. La minoría quiso llevar la cuestión ante el tribunal del congreso entero; ante él tuvo lugar el concurso de elocuencia entre las dos opiniones, entre Jaurés y Bebel. El viernes presenciábamos la gran representación después de los ensayos á telón corrido, ó sea dentro la comisión.

Se ve que no gustan de discusiones. ¿Porqué? Porque se teme que la unidad del partido socialista-demócrata internacional corra peligro tan pronto como las



dos corrientes de opinión choquen. ¡Oh, la unidad! es la palabra que gusta más. Unidad amada á la que se sacrifica todo, á semejanza de la Iglesia católica. Y como todo concluye cantando, cantando terminó el congreso después de haber excomulgado á uno de los partidos en virtud de la deliberación de Dresde, y, naturalmente, se festejó la unidad cumplimentando la frase de Marx: «Proletarios de todo el mundo, uníos.»

¿Y qué se hizo en este congreso? Degollaron la cuestión de la huelga general, se perdieron en generalidades sobre la cuestión colonial, de tal manera, que cualquier liberal puede estar de acuerdo con la deliberación; esto, y unos cuantos equívocos sobre la cuestión de la táctica, embrollándola mejor que aclarándola, fué todo. Vamos á dar algunos detalles.

Primeramente la táctica; es una cuestión más importante que todas las demás.

Tuvimos un discurso de Jaurés, el revisionista, que hizo una crítica verdaderamente magistral de la social-democracia alemana, y luego un discurso de Bebel que dirigió reproches muy justos á la actitud y á los actos de Jaurés. «¿Qué es lo que habéis hecho con vuestros tres millones de votos? Nada, absolutamente nada. Vuestra victoria os ha embarazado, y en vez de hacer algo os habéis ocultado en Dresde, en vuestro congreso, detrás de un acuerdo teórico que no produce nada.»

He ahí lo que Jaurés reprochó á Bebel. Este respondió: «¿Pero qué deseabais que hiciésemos? Y vosotros mismos, ¿qué habéis hecho con vuestra táctica? Si nosotros tuviéramos las libertades que tenéis en Francia, hubierais visto lo que habríamos hecho.»

Para nosotros, anarquistas, no dijeron nada nuevo. Mil veces hemos dicho las mismas cosas, pero lo más curioso es que dos parlamentaristas que, en principio, debieran tener los mismos puntos

de vista, se hayan dicho uno á otro duras verdades.

Los anarquistas escuchábamos y..... reíamos.

Si en dicho congreso hubiese podido hablar un anarquista, habría dicho: Jaurés tiene razón, por completo, y Bebel también. El gran mal no está en las personas, es indiferente que estas personas se llamen Jaurés ó Bebel, que se llamen revisionistas ó revolucionarios de ocasión dentro de un congreso; el gran mal está en el mismo sistema parlamentario. Es desconsolador, en efecto, y hasta triste, pero esperad un poco; lo que ha sucedido y sucederá en Francia ocurrirá lo mismo y bien pronto en Alemania. ¿Acaso los revisionistas no aumentan sus fuerzas todos los días? ¿No se siente generalmente que en el congreso de Dresde la lógica no estuvo al lado de Bebel sino de Vollmar? Á pesar de todos los trucos políticos en los cuales Bebel es maestro, no se ha atrevido á terminar esta cuestión, y al final se adoptó un acuerdo tan vago, tan general, tan insignificante, que los dos partidos, Bebel como Vollmar, aceptaron. Esto, naturalmente, quiere decir que no dice nada. Pero la unidad se salvó para los extraños. De todos modos, el revisionismo continúa su camino y estamos persuadidos que el día en que Bebel muera, la lucha comenzará en Alemania y que el revisionismo ganará, y no solamente en Alemania, sino en Bélgica, en Suiza, en Holanda, en Inglaterra. He ahí el porvenir.

Y el esfuerzo de Bebel para purificar el movimiento socialista internacional introduciendo la deliberación de Dresde no dará resultado, pues su generalidad, su vaguedad, su misma insignificancia no pueden salvar la unidad en el porvenir.

Es la maldición del parlamentarismo, que una vez ha comenzado ha deslizarse, se desliza cada día más. En cierto mo-



mento puede uno extrañarse, puede uno decirse: ¿Pero en qué va á parar ésto, cuando va á concluir? Pero la lógica no deja burlarse y coloca á la gente en esta alternativa: *ó esto ó aquello*. Y he aquí porque un congreso semejante puede ser instructivo.

¡Oh! Estos anarquistas tienen razón, se dirá, y nosotros repetiremos: Sí, Bebel, no podéis permanecer donde estáis, flotáis en el aire con vuestro Kautský y vuestros teóricos, procurad descender cuanto antes. Es necesario ir hacia la anarquía — y esto no podéis hacerlo, porque tenéis demasiado apego al parlamentarismo, sois demasiado débil de carácter para romper denodadamente con vuestro pasado y decir francamente: me he equivocado, — ó bien ir hacia el revisionismo de un Jaurés ó de quien sea, y si vos no lo hacéis, otros lo harán.

Lo que más me gustó en el congreso, fué Anseele, de Gante que preconizó el revisionismo de una manera franca pero muy brutal. En política, dijo, no hay regla: ó todo ó nada. Es necesario aceptar lo que se puede obtener. ¿Con ayuda de quién? Esto no interesa á Anseele. Sabido es que cuando se desaprobó á Millerand ocupara una plaza dentro de un ministerio burgués, fué Anseele quien dijo: Yo aceptaría una cartera hasta dentro de la monarquía. El más bajo oportunismo defiéndelo Anseele y hasta gritaba: Aceptando el acuerdo de Dresde condenáis á los socialistas belgas como si fuesen infieles al socialismo, pero sabed que los socialistas belgas se ríen de semejante sentencia.

Pues bien, la deliberación de Dresde es aceptada y los socialistas belgas van á reirse del congreso; maldito lo que quieren conformarse á esta sentencia y continuarán su camino como si tal cosa. Del propio modo seguirán los demás.

¿Se cree que Jaurés va á modificar su táctica? Ni siquiera piensa en ello. Como los anarquistas, los socialistas-demócratas

siguen su camino, y nosotros decimos: condenad cuanto queráis á los anarquistas, pero vosotros seguís la idea anarquista. El mejor triunfo que se puede obtener es que los peores enemigos sigan el método que preconizan.

¿Y dónde queda la unidad?

En la sala vacía del congreso. Siempre he visto que allí donde más se habla de unidad no se halla nunca á esta señora. Es, precisamente, como el amor en las familias. Allí donde existe no se le menta, pero donde no, la boca se llena siempre con la palabra amor.

Por esto quedóse ridículamente aceptando por unanimidad la deliberación del congreso de Dresde. Primeramente se aceptó este acuerdo de la unidad y á renglón seguido se excomulgó á una minoría. Puede ésta entrar con un cirio en la mano en señal de penitencia.

Muchos esfuerzos se hicieron para atenuar la deliberación de Dresde. La proposición Adler-Vandelverde no tuvo otro objeto. Fué rechazada, pero con 20 votos en pro y 21 en contra. Por último la deliberación de Dresde fué aceptada por 25 votos, 5 contra y 12 abstenciones.

¿Significa esto un triunfo del radicalismo dentro del partido?

En apariencia, tal vez, pero en realidad, no. ¿Donde está la diferencia entre Jaurés y Bebel? En principio, no hay tal diferencia; es cuestión de poco más ó menos, he ahí todo. Pero puede uno extrañarse de que el revisionismo haya hecho tanto camino. Las 12 abstenciones pertenecen más á la derecha que á la izquierda. La proporción es, pues, 25 pro y 17 contra. Únicamente 5 votos pueden cambiar la mayoría. En el próximo congreso el revisionismo la tendrá; por esto Jaurés quería que el nuevo congreso fuese dentro dos años, pero Bebel, temeroso, quería se celebrara dentro cuatro.

Como decía el viejo Engels, una vez puestos en la pendiente se desliza aprisa.



Bebel se marchó muy contento recordando las viejas querellas en Alemania, hace trece años, que giraron entorno de la unidad del partido, pero este recuerdo no es propio para animarse. ¿Cómo se consiguió entonces la unidad? Por la exclusión de los jóvenes. Así se obtiene siempre la unidad, poniendo al adversario á la puerta.

¿Cuál será la suerte de Jaurés? Esperemos á ver, pero hay una cosa que es cierta: con la exclusión de Jaurés no se ha vencido aún al revisionismo. Después de Jaurés, queda el Dr. Friedeberg, de Berlín, que desde hace quince años que es miembro del partido alemán, ha tenido el valor de criticar el parlamentarismo como insuficiente y que debe ser llamado al orden en el congreso de Brême, en Septiembre. Y después del Dr. Friedeberg, quedará Bernstein, Vollmar, y otros más tarde; cada día vienen nuevos elementos. Y cada vez hay que excluir. No hay vencedores ni vencidos, decía un delegado. Esto no es verdad. Cuanto más se grita unidad y más se aplaude vitoreándola, más alejado de ella se está.

No sé si los *Temps Nouveaux* publican todas las deliberaciones en su entero texto. Creo que sería muy instructivo para los anarquistas conocerlas, pues un congreso como este da mucho en qué pensar y es satisfactorio para un anarquista.

Referente á las demás deliberaciones, la de la huelga general, por ejemplo, es una obra maestra de embuste y de jesuitismo.

Primeramente se dijo: «que las condiciones necesarias para el éxito de una huelga de gran extensión, son una organización fuerte y una disciplina voluntaria del proletariado.»

Una fuerte organización, en boca de los socialistas-demócratas, quiere decir una organización fuertemente organizada en que la iniciativa propia queda

muerta y cada individuo obedece ciegamente las órdenes de los jefes.

¿Y la disciplina voluntaria? ¿Con qué se come esto? La disciplina no es nunca voluntaria, pues la disciplina supone un castigo en caso de negativa. Una disciplina voluntaria viene á ser así como un círculo cuadrado ó un cubo redondeado, es una bella palabra para ocultar un mal efecto.

Después, la resolución declara que «la huelga general, si por esto se entiende el cese completo de todo trabajo en un momento dado, es irrealizable, porque una huelga semejante haría imposible toda existencia, la del proletariado como cualquiera otra.»

Esto ya lo sabíamos, ¿pero es que se cree que los obreros serán tan estúpidos de permanecer con los brazos cruzados durante una huelga así y van á dejar que sus mujeres é hijos mueran de hambre? Nos parece que en lugar de dejarse morir de hambre preferirán defenderse luchando por su derecho. ¿Qué singulares ideas caben en la cabeza de los socialistas demócratas, para que hagan declaraciones que á sus ojos parecerán muy científicas pero que una vez analizadas no son más que meras palabras?

Después de haber dicho que «la emancipación de la clase obrera no puede ser obra ni resultado de semejante esfuerzo,» que nadie preconiza y es por lo tanto supérfluo, la resolución continua diciendo «que una huelga que se extendiera sería el medio supremo de efectuar cambios sociales de gran importancia ó para defenderse contra atentados reaccionarios á los derechos de los obreros.»

Nada, lo de la cabra y la col. La primera parte es para la cabra, la segunda para la col.

Y al final se agrega: «advertimos á los obreros que no se dejen influir por la propaganda de «huelga general» de que se sirven los anarquistas para desviar á los obreros de la lucha verdadera é in-



cesante, es decir, de la acción política, sindical y cooperativa.»

¡Cuanta cobardía al decir esto y cuanta mentira! ¡Y, qué confusión de ideas!

Los anarquistas no se sirven de nada; no son políticos que buscan siempre medios para un objetivo cualquiera; predicán la libre iniciativa y están persuadidos de que los obreros se sirven de ella cuando les place.

Y este objetivo sería despreciable si fuese verdad. Los anarquistas merecerían el desdén de todo el mundo. Esta suposición de que quieren, «desviar á los obreros de la lucha verdadera é incesante,» se tiene la osadía de lanzarla sin aportar pruebas. ¿Acaso los obreros anarquistas no luchan duro, tal vez más que otros, en los talleres, en las fábricas, en todos los ambientes? ¿Acaso el martirologio del anarquismo no prueba mucho más que todas estas palabras, que ellos son los enemigos más encarnizados de la sociedad burguesa y capitalista? Únicamente hallan que la acción política no es la verdadera lucha.

Y en fin, se «invita á los obreros á aumentar su poder y reforzar su unidad desarrollando sus organizaciones de clase, pues que de estas condiciones dependerá el éxito de la huelga política si esta se considerase un día que es necesaria y útil.»

Fijarse bien: se habla enseguida de la huelga política, de la que no se habló nunca, se sustituye la huelga política á la huelga económica queriendo de este modo engañar á los obreros jugando con palabras. Hay que ser cautos con estas gentes, pues practican el consejo de Talleyrand: saber utilizar las palabras para ocultar los pensamientos.

Los socialistas-demócratas están contra la huelga general, pero no se atreven á decirlo abierta y francamente temiendo que los obreros, que la quieren, sigan su camino sin preocuparse más de los políticos y con la de éstos vendría la

ruina de los socialistas-demócratas. Pero nuestra triste experiencia si que nos hace decir que tenemos razón en advertir á los obreros que se guarden, que desconfíen de ellos, que no titubearían en traicionarles si así conviniese á su negocio político.

Es igualmente curiosa la deliberación sobre la política colonial. Se vituperó la política colonial inglesa ¿pero por qué no la política colonial neerlandesa, belga, francesa, en una palabra, toda política colonial, pues es política de explotación y de tiranía?

¿Y quién anatematizó esta política, defendiendo á los indígenas contra el sistema vil de explotación de que son objeto? El señor H. van Kol. ¿Y quién es este señor? En el extranjero no es conocido, y sin embargo, como ejemplo de hipocresía, bueno será caracterizarlo. Pobre, se fué á Java como ingeniero y volvió rico. ¿Cómo se hizo el milagro? En virtud de una explotación de aquellos indígenas, sobre los cuales puede hablar desolado... por experiencia. ¡Un explotador que llora la suerte de los explotados! Cuando le oí, trabajo me costó contener mi indignación, pero como no era yo delegado no pude quitarle la careta, pues si alguien le conoce soy yo.

Fuerte cosa fué que se olvidaran de Multatuli, el valiente defensor de los indígenas que protestó ante los poderosos del país y osó anatematizar el gobierno holandés. Van Kol sabía esto muy bien y se calló, no tuvo una palabra para recordar á aquel héroe, al contrario, tuvo elogios para el general Heutsz, un oficial que en calidad de jefe de ejército en la colonia no desaprobó que sus soldados asesinasen mujeres y niños con cinismo tal que hasta el mismo Parlamento inglés protestó indignado. ¡Qué miserable hipocresía! Lobo con piel de oveja.

Pero basta ya. De todos modos es muy instructivo, pues este partido interna-



cional socialista-demócrata mete tanto ruido en el mundo que bueno es saber lo que es actualmente. Demócrata, sí, lo es; pero socialista, de ningún modo. Su táctica secreta es; quítate tú que yo me ponga en tu lugar. Es una guerra para escalar puestos oficiales y prebendas, y cuando las hayan conquistado olvidarán

á los obreros utilizados para subir. El juego de siempre. Afortunadamente, por encima de la cabeza de los jefes y tutores el proletariado continúa haciendo su camino. Un congreso así es, pues, instructivo, pues que nos enseña, como un ejemplo que asquea, que el movimiento socialista no debe desarrollarse.

*Temps Nouveaux, París, 1904.*

**Eduardo Vaillant**

## Confesión

Hay una razón de orden interior que actualmente impide á los Parlamentos de Europa, y en particular el Parlamento francés, adoptar la proposición del establecimiento de una milicia, y esta razón es la política interior, la política de conservación y de clase.

Pocas palabras diré sobre el particular. La razón de las cosas se posee conociendo la historia,

Desde el día en que las clases se dividieron en las sociedades y por su lucha nació el Estado para matener su distinción y el predominio de las clases dominantes y la sujeción de las clases subordinadas, fuéle preciso á la clase gobernante y poseedora, le fué necesario á su gobierno una fuerza de policía que mantuviera su dominio y la subordinación de las clases inferiores y desposeídas. Esta fuerza de policía la vemos desarrollar dentro todas las transformaciones históricas desde las épocas primitivas hasta la actualidad. (*Aplausos en la extrema izquierda.*)

Ninguna necesidad tengo de seguir paso á paso su desarrollo, conocéis estas transformaciones; pero puedo decir, refiriéndome á tiempos recientes, que mientras hubo un ejército profesional, este ejército funcionó, no solamente como una fuerza contra el exterior, sino que también como una fuerza armada de policía interior, ya que la policía propia-

mente así llamada no es más que un anexo suyo. El poder central monárquico, su nobleza, las correspondientes instituciones hallaban en esta fuerza su mejor garantía. Cuando más tarde, por el empuje de las cosas, el peso de los gastos y el desarrollo de la democracia, se produjo la obligación del servicio militar obligatorio y la reducción de su duración, vemos que el ejército profesional cede el paso al ejército nacional, el ejército compuesto de ciudadanos alistados para representar la nación, pues que entonces no existía, como sin razón se pretende, la nación armada, como será más tarde constituida únicamente por la milicia. En este caso el ejército permanente ejercía aún función de policía interior, la ejercía, ciertamente, en grado menor, pero en una medida muy grande aún. Bastando por el momento al poder de la clase reinante, sus cuadros eran, por ejemplo, en Prusia, cuadros nobiliarios, y las fuerzas del proletariado dentro del marco de estos nobles estaban y quedaban al servicio interior tanto del rey de Prusia como del emperador de Alemania. Del mismo modo los cuadros de nuestro ejército, durante mucho tiempo nobiliarios, volviéndose cada día más burgueses, ponían y ponen aún hoy *el ejército del proletariado*, los soldados del ejército permanente, *al servicio de la burguesía.*

*Cámara de los diputados, Francia, sesión del 6 Junio 1904.*



## El crepúsculo de los superfluos

Raza de efímeros miserables, hijos del acaso y del dolor, ¿por qué me obligas á decir lo que no te será agradable oír? El bien supremo, para siempre inaccesible á tí, era no haber nacido, no ser nada ó nada ser. El bien que llega luego es para tí, morir enseguida.

SILENIO.

Cuando Demetrios, grave y sereno, subía á la alta Montaña del Conocimiento, en donde está plantado el hermoso Árbol de la Vida, la *Igdra sil*, bajo cuyas copas frondosas y vivificantes en toda la majestuosa calma de aquella ausencia del bullicio humano, acostumbraba á hacer sus meditaciones edificantes, encontró una multitud inmensa que venía de las negras cavernas del Rey Lórpa: era el rebaño de los superfluos que parecía una gran mesnada de lobos disfrazados, conducidos por pastores sin cabeza y derrengados.

Venían en medio de aquel hormigueo caótico y de aquella algarabía de conciencias que no se entienden, figuras impresionistas, expresiones extraviadas que, sobre los aplausos de la multitud que los aclamaba, iban sugestionando á la masa con el prestigio de gestos estudiados y de palabras mentirosas: eran los Malos Pastores.

El rebaño desenfrenado, en medio de una gritería infernal que superaba á los más fuertes ladridos, dejando detrás de él un olor infecto que apestaba la atmósfera saludable de aquellos campos floridos, conoció inmediatamente al filósofo que marchaba á pequeña distancia; entonces vomitó una de aquellas bocas anónimas un clamor de amenaza, una lluvia de improperios, una estúpida asonada contra el Verídico, en donde se dejaban oír entre las más audaces, que gritaban: *ved á Demetrios, el descubridor de los ídolos, el anunciador del*

*mundo que interesa á los hombres, el cuidador de los valores, hélo ahí!...*

Demetrios, habituado á los achuchones de la canalla, que jamás dejará de vociferar contra el Hombre, el Superhombre, dejando escapar en la superficie de los labios una sonrisa irónica, tentó de dirigirles la palabra para que abandonasen el camino y le acompañasen á lo alto de la montaña. El negro rebaño, sin embargo, que tienen horror á las supremas alturas, sin atenciones para los Autarcos, en el mismo vocear incoherente, continuó su camino en dirección á la Cosmópolis decadente, gritando: *¡fuera! ¡fuera! ¡fuera!...*

Él, entonces, extinta ya la nube de polvo que se estacionara en los aires, con el alma dolorida, continuó también su jornada matinal hacia la Montaña del Conocimiento. Y habló así á su corazón:

—«Yo os conozco á todos, almas cobardes, espíritus inertes, existencias vencidas, cuerpos sin bondad, caracteres miserables, sensibilidades destruídas, seres sin deseos, sin pasiones y sin sentimientos...

Vivís en el mundo de la mentira, habitando *ingnia negra*, sobre la tiranía miserable del nuevo Huitzilopachtli que te exprime toda la sangre: la *Abstracción*, haciendo de vuestra vida una existencia estrecha, artificial, frívola, baja.

Sois existencias sin personalidad, individuales sin distinción, seres irreales, simples números, máquinas movidas á



discreción por fuerzas extrañas, juguete de aquel fenómeno psíquico que la ciencia denomina sugestión, verdaderos histriones, imbéciles, cadáveres insepultos, superfluos.

Vuestra personalidad, vuestra individualidad, vuestro *yo*, aquello que constituye la razón de ser de la existencia en el mundo sensible, no es el ser mismo; es, sí, la proyección anómala de una entidad notable, la caricatura de un gran hombre, la representación contorsionada de una celebridad cualquiera, una contracción moral; la traducción infiel de un *otro*; porque cada uno de vosotros pretende ser la imagen reflejada de un héroe, que la fama pregonó. El héroe, el personaje de drama, la figura de leyenda, el protagonista de romance, proyecta sus visiones extravagantes en los cerebros efímeros, y ellas están grabadas para siempre allá en el fondo.

Vosotros traéis aferrada al rostro la máscara de un héroe y vestís los trajes áureos de un príncipe, y sin embargo, no sois más que una simple criatura, muy digna de lástima, porque el ridículo es doloroso, aunque tome la indumentaria simbólica de una figura real.

Viene á propósito, ¡oh simios! recordaros lo que dice el emperador Juliano al mensajero portador de la noticia de que un estúpido mercader, enriquecido con el agiotaje, había vestido en público el manto purpúreo de los soberanos. «Toma estos coturnos áureos, respondiéndole, y obligale de mi parte á que los calce y salga á recorrer las calles con ellos y con su púrpura; y luego irás detrás de él gritando: Ved ahí un loco que se figura tener el alto poder del emperador con sólo usar sus insignias más visibles.»

Es verdad que toda vuestra existencia es un esfuerzo continuo para realizar un ideal, la busca paciente de una ilusión, un caminar detrás de una quimera, más, vuestra aventura, tenéis que convenir en ello, es ridícula, demasiadamente ridícu-

la. Ella no tiene, como tal vez pensáis, absolutamente ninguna semejanza con la aventura del hidalgo guerrero que, cabalgando sobre manso alazán, cuyos pasos son menos pesados que el trotar monótono del jumento de Sancho Panza, por los ásperos caminos de la locura y del dolor, combatiendo visiones y sombras, derrotando tropas de mansos corredores y demoliendo molinos, haciendo guerra á los fantasmas, corría detrás de su Dulcinea nunca alcanzada. Don Quijote, el caballero de la Triste Figura, escarnecido por la chacota de los estúpidos histriones, con todo aquel sublime ridículo que envolvió su existencia, soñador que antes de morir comprendió la verdadera significación del mundo y el verdadero sentido de la vida, reconocimiento final que es la síntesis del valor humano al que siempre sucumbe el genio, perdonando á ambos, es el más noble de todos los caballeros y el más puro de todos los hidalgos, porque, á través de sus idealismos invencibles é irrisorios, practica acciones verdaderamente sublimes, abriendo la puerta de las prisiones á los cautivos, socorriendo á los oprimidos y á los pobres, haciendo de su lanza un áureo instrumento de magnanimidad, actos que exceden mucho en mérito á todo lo que podéis soñar. Es un gran error este que os coloca paralelo á la figura dolorosa, á la grandeza positiva, al alto valor humano de esa alma extraordinaria, incomprendida por individuos incapaces de discernir la bondad y grandeza sentimental del gran visionario de la Mancha, héroe que consiguió, á pesar de todo, erguir bien alto, majestuosamente, su orgullosa dignidad.

Vosotros, los caballeros de la superfluidad humana, tristes figuras de la rutinaria imbecilidad, simples truanes desfigurados en esta farsa hedionda que representáis vomitando tonterías y distribuyendo pus rufanesco, tenéis mucha semejanza con aquel monstruo humano



que Ursus, histrión lleno de filosofía y de desplante, exhibía en su barraca á la bestial curiosidad de un público inconsciente, Gwinplaine, el hombre que ríe, ente hediondamente feo, con orejas en forma de abanico, mandíbulas enormes, con sus carrillos inflamados, con las encías rojas al descubierto eternamente, labios rasgados, la boca contorsionada formando un gesto macabro, dejando impresa una carcajada grotesca, caricatural, convulsiva y fúnebre, semejándose á una bestia que se dispone á morder, estupenda creación de Hugo, no está lejos de ser el símbolo representativo de vuestra existencia aquí en la tierra; porque sois demasiado grotescos.

Representáis vuestro papel en el mundo social según el gusto de la época, la moda del día, el *smartismo* reinante, llevados por los gestos y sentimientos ajenos. Vuestros modelos de heroísmo son los eternos figurines de la moda, que tornan siempre á ser los mismos á través de los siglos, no sois otros sino Galaor, Pasquino, Bazzi, Tabarini, Torquemada, Don Juan, Troppmann, Roberto Macaire, Tartufo, Calino, Prudhomme, Pranzini, Aretino, La Palisse, Chilon, Chilonidas, saltimbanquis é imbéciles megalomaniáticos, idiotas, homicidas y verdugos, crápulas y miserables, cretinos y rufianes. La aventura que corréis está bien á la altura del héroe que parodiáis.

Vuestro mundo, ¡oh supérfluos! es un vasto circo en donde vosotros, con el gesto estúpido de escena, declamáis vuestro papel mal estudiado haciendo cabriolas y volatines, memeces y bufonadas, como los clowns en la arena, combatiendo en nombre de X. Sois como aquel acróbata de que habla Zaratustra, inmolado á la insaciable y feroz bestieja de la multitud, á quien divertía, cuando danzaba sobre la cuerda en la plaza pública. Tened cuidado, por lo tanto, porque no tenéis el talento de Hop

Frog; en el día en que no presentéis una habilidad nueva que agrade á la canalla, estaréis fatalmente condenados á los peores suplicios, el que se inflige á los lobos...

¡Ah! si pudiérais ver el combate del lado de fuera, ganar un asiento entre los rarísimos asistentes á la bufonesca arlequinada y ser el espectador de la pantomina que representáis, veríais que todo es una farsa burlesca, una ópera bufa, una comedia fastidiosa, representada por una inmensa multitud de fantoches ridículamente vestidos, una pandilla bizarramente enmascarada de charlatanes, payasos, histriones, patosos é imbéciles...

Vivís así, por lo tanto, bestial é inútilmente, estando tan cerca de vosotros la vida, y preferís vivir en la obscuridad, sin nada saber de vosotros propios, ignorando quien sois y vuestro destino, escarneciendo el mundo é insultando la vida en una aventura de Pangloss obcecado por la superfluidad y atormentado por la impotencia, creyendo, no obstante, que vivís la vida.

La vida para vosotros, en verdad, significa una tendencia para el ridículo y para la nada; simplemente porqué, ¡oh Momos! no podéis ser otra cosa sino lo que sois: supérfluos, supérfluos, supérfluos...

Adquirid, pues, conciencia de vosotros mismos, tomad conocimiento de la mascarada en donde la vida se aniquila bestialmente, fundándose sobre la mentira de seres que son como sino fuesen, que no son nada más que supérfluos, seres que se sacrifican al nuevo dios —*Abstracción*— ídolo de oro con los pies de fango y el pedestal de sangre...

Tomad conciencia, pues...

Demetrios, cuando descendía de la alta Montaña del Conocimiento para encontrarse nuevamente con sus compañeros, solitarios como él y como él verídicos, la noche con su majestuoso cortejo de



pequeños soles iba descendiendo sobre la tierra.

Se acercaba ya á la margen izquierda del lago azul que estaba en la falda de la montaña. Iban llegando, poco á poco, lentas é indecisas las sombras. Caía de las alturas, silencioso y absorbente, el crepúsculo inmenso que da vida á las ruínas y hace gemir la soledad. Soplaban muy lentamente un viento frío del Nordeste. El agua del manso lago, por cuya superficie nadaban dos grandes y bellos cisnes, extendíase como una finísima sábana plateada, reflejando toda la belleza estampada en el amplio cielo cóncavo é inmenso cérulo. Los árboles de la orilla del lago se balanceaban blandamente, produciendo un armonioso susurro, algo así como el sonido de besos en labios de mujer que no se vende. La atmósfera estaba saturada de febril perfume que emanaba de los prados en

flor. El ruido de las cigarras, desesperador, trituraba los oídos. Todas las cosas visibles, inundadas por la grande sombra que se avecinaba, iban obscureciéndose tornándose fugitivas y perdiendo sus formas, desfigurando toda la percepción de lo real. Parecía que el silencio conspiraba.

Demetrios, que volvía pensativo, cansado de gozar de su espíritu y de su soledad, levantó su leonina cabeza para respirar el aire puro, y contemplar el panorama crepuscular, cuando avistó á lo lejos, las puertas de la gran metrópoli con el negro rebaño de esclavos. Y entonces exclamó: «Vosotros, la masa senil, entre risas históricas y gestos sádicos, debatiéndoos en esa obscuridad, sois, en verdad, el prenuncio de la gran aurora que se anuncia por el crepúsculo de los supérfluos.»

*De O Amigo do Povo, S. Paulo, Brasil.*

**C. Cornelissen**

## Sobre la cooperación

Propóngome hablar de un movimiento cuya importancia crece cada día entre los comunistas-libres: las asociaciones cooperativas. Y quiero hablar de él porque, en general, no estoy de acuerdo con las opiniones defendidas en este particular por muchos anarquistas. Permítaseme antes una pequeña excursión sobre un terreno más general: Examinad atentamente las diferentes corrientes del movimiento obrero internacional. En el fondo de todos los matices que las distinguen, descubriréis esta misma diferencia de intereses económicos que es la base de toda nuestra vida social tan complicada en sus formas.

Los representantes de los intereses obreros, propagandistas por la palabra ó por la pluma, que tan rudamente se combaten cuando se denominan todos

«socialistas» y «comunistas», no difieren—para todo aquel que los observe de cerca, así como su campo de acción—sino en que representan diferentes capas de la población y que ante ellos tienen los intereses inmediatos ó los intereses más lejanos de estas propias capas.

Cuando más cercanas estas capas están unas de otras, más encajadas están y más vehemente será el choque de las opiniones que se produce, al principio, bajo el aspecto de una lucha por la primacía.

La influencia de la pequeña burguesía y de su secuela, ha sido constantemente un serio peligro para el movimiento obrero revolucionario, peligro serio precisamente porque el proletariado y la pequeña burguesía se penetran mutuamente y porque sus elementos pasan sin



cesar de una á otra de estas clases de la sociedad actual.

El movimiento reformista parlamentario, que tiende inevitablemente á un movimiento de socialismo de Estado, no es más, á decir verdad, que una agitación de algunos elementos de la pequeña burguesía y de la clase obrera, que, aun cuando se hallan en una situación tan miserable como la de las grandes masas proletarias, pueden esperar algún alivio pasajero por medio de las reformas parlamentarias realizables sobre las bases de la sociedad burguesa.

Esta corriente reformista-parlamentaria dentro del movimiento obrero, está de este modo constituida:

De pequeños tenderos y fondistas que pueden ser aliviados en su posición de clase media por una disminución del peso de los impuestos; de instutores y otros oficiales subalternos del Estado que se verían aliviados con un aumento de su retribución, con la concesión de una mayor libertad de pensar y de escribir, así como con algunas pequeñas modificaciones en la época de sus vacaciones y días festivos; de pequeños campesinos y labradores que desean se les proteja su pequeña propiedad agrícola; de obreros acomodados y capataces de fábricas y de talleres que esperan que la ley fije el máximo de la jornada de trabajo y el mínimo del salario, la introducción de una pensión á cargo del Estado y otras reformas parecidas que les mejoren su situación material.

Estos elementos son los que, incesantemente, intentarán contener el movimiento obrero internacional y hasta modificar su carácter.

Detrás de ellos están las masas proletarias como fuerza esencial del movimiento obrero.

No pudiendo los obreros hallar en las medidas legislativas ni una mejora decisiva y estable de sus condiciones de vida ni una mayor libertad, tienen necesidad,

ante todo, de las cosas indispensables á la vida humana.

Para estas grandes masas, faltadas en gran parte de trabajo, la revolución de la sociedad burguesa, así como todo ataque á la propiedad, base de esta sociedad, tiene un interés inmediato.

Ahora bien; es una parte de la clase más acomodada la que representa, fuera de la esfera del parlamento, una corriente especial dentro del movimiento económico obrero y tiene igualmente en vista reformas dentro del cuadro de relaciones de producción capitalista. Fuera del Parlamento esta clase es la que, sobre todo, empuja y apoya las sociedades cooperativas.

Abstracción hecha de las *sociedades cooperativas de crédito mutuo*, que nunca tuvieron una influencia importante en los ambientes obreros, el movimiento cooperativo se presenta bajo las dos formas siguientes:

*Sociedades cooperativas de consumo* y *Sociedades cooperativas de producción*.

De las susodichas dos formas, las cooperativas de consumo son las más numerosas, porque son de más fácil establecer que las asociaciones productivas. Por de pronto, exigen menos capacidades técnicas de parte de los encargados de su dirección y además la clientela necesaria para su funcionamiento se recluta espontáneamente entre los miembros de la sociedad que se convierten en consumidores de toda clase de géneros y de mercancías.

Las sociedades cooperativas de producción se ven en la necesidad de hacer á los empresarios particulares y en su dominio específico, una competencia más inmediata y más vigorosa que sus sociedades hermanas. Estas dos formas de cooperación son defendidas por este motivo en el movimiento obrero. En última instancia, los obreros consumidores de toda clase de géneros y artículos case-ros son sus propios clientes; desgracia-



damente entre los obreros productores y los obreros consumidores se han intercalado numerosos círculos de intermediarios. Beneficiando de los privilegios que les concede la propiedad privada, estos intermediarios extraen un mayor valor (*plus-value*) sobre el trabajo de los obreros-productores, mientras que como comerciantes y tenderos suministran sus mercancías á un precio muy elevado á los obreros-consumidores.

La cooperación tiende, pues, á suprimir estos círculos de intermediarios; quiere sustituir las asociaciones productivas obreras á los capitalistas industriales, y las cooperativas de consumo á los capitalistas comerciales.

Así, pues, sin tener nada que ver ya con los capitalistas, los obreros se convertirán en compradores de *sus propios productos*, se procurarán los géneros y demás productos en sus propios almacenes. En este terreno hallamos ya en varios países sociedades cooperativas que suministran toda clase de especias, zapatos, vestidos, pan, carne, muebles, leche, etc., y que funcionan regularmente. Se adopta igualmente la forma cooperativa especialmente para los pequeños campesinos. Con la fundación de cooperativas de producción, los obreros deberán emprender luego la producción de todas las mercancías en sus propias fábricas.

A veces se hallan estas dos formas de cooperación—de consumo y de producción—combinadas en el sistema de ciertos partidarios de la cooperación y elaboradas por ellos en una unidad perfecta.

Una vez fundadas estas sociedades de consumo en algunos grandes centros comerciales é industriales y en medio de una población obrera intensa, se hallará inmediatamente para estos establecimientos una clientela fija, propia para asegurar su éxito. Combinándolos con los establecimientos de consumo se podrá establecer un buen número de peque-

ñas empresas de producción cooperativa que, aunque, colocadas bajo una dirección central, podrán permanecer independientes una de otra. Si acaso algunas de estas empresas de producción cooperativa no tuvieran éxito inmediato, podrían socorrerse con ayuda de los beneficios realizados por las que lo tuvieran. Poco á poco toda la empresa podría tomar una extensión que la elevaría al nivel de la grande industria, del gran comercio; convirtiéndose en una cuestión financiera podría agregarse hasta ciertos servicios contingentes como la formación de una caja de ahorro, etc.

Entre las diferentes empresas fundadas de este modo podría formarse una especie de federación nacional é internacional, con objeto de defender los comunes intereses. Desde este momento la asociación obrera se convierte en la única gran clientela, procurando el trabajo á sus miembros, velando para que en estos establecimientos sea suficiente el salario y moderada la jornada de trabajo, asegurando sus empleados contra las enfermedades y los accidentes, garantizándoles una pensión en caso de invalidez y de vejez, etc., cosas todas que pueden hacerse fuera del concurso del Estado, con las propias fuerzas de los obreros.

Al formular de este modo estos principios cooperativos, queda también fijada su funesta influencia sobre el movimiento revolucionario (1).

Es, pues, fácil de comprender, hasta sin considerar los límites restringidos á que están limitadas las asociaciones productivas de los obreros, que las sociedades cooperativas de consumo no son accesibles más que á una parte de la clase obrera. Una gran parte del proletariado queda, por la misma naturaleza

(1) Y este es el objetivo de la burguesía que patrocina el movimiento cooperativo: anular el movimiento revolucionario, desviándolo de su cauce.  
—N. DE R.



de las cosas, fuera de las sociedades cooperativas de toda clase, de modo que el movimiento cooperativo conduce necesariamente á la división de la clase obrera.

La cooperación sea bajo las dos formas reunidas, sea bajo una sola, no es aplicable más que á los obreros de los centros de aglomeración. Respecto á los campesinos, pueden realmente asociarse en cooperativas para la compra y distribución entre sus miembros, de las semillas, máquinas, abonos químicos, ó para suministrar leche y manteca á la clientela de la ciudad vecina. Pero la gran masa de obreros y criados de cortijo, retribuidos aun al modo feudal, y á veces hasta en *especies*, no podrá tomar parte en la cooperación bajo ninguna de las dos citadas formas.

El sistema cooperativo será igualmente impracticable para millares de obreros de la grande y de la pequeña industria—así como de la industria á domicilio—que en tantas comarcas y á pesar de la prohibición de la ley, véanse forzados á procurarse sus mercancías en establecimientos determinados (Truck System). Si formaran parte de las sociedades cooperativas de consumo, estos obreros veríanse arrojados á la calle y su situación sería entonces más miserable.

Además, detrás de ellos hay las grandes masas de proletarios que huelgan

forzosamente muy á menudo, que viven al día, en el sentido riguroso de la palabra, que son demasiado pobres para practicar la cooperación, aunque más que otros tengan necesidad de ser socorridos.

Los partidarios del cooperatismo pueden enviarnos á Inglaterra para probarlos que los millares de obreros que lo practican tienen los artículos á menor precio y de menor calidad, pero generalmente se olvidan de ponernos ante los ojos el serio peligro que se oculta precisamente detrás de esta división del proletariado. No llaman nuestra atención sobre este hecho irrefutable: que á medida que los proletarios cooperativistas comienzan á mejorar de situación, por pasajera que sea, las condiciones vitales se vuelven cada día más y más tristes para las masas proletarias abandonadas.

Así, por el hecho que la cooperación divide á los obreros, es decir, por la separación establecida entre una minoría compuesta de los mejores asalariados y de los más inteligentes y las capas más profundas de la clase obrera; contribuye á realizar el *processus* tan peligroso para el movimiento obrero moderno: *la creación de un quinto estado* (1).

(1) Lo cual significa, en suma, que el cooperativismo va en redondo contra el principio de igualdad.—N. DE R.

(Continuará.)

## Recibido:

*El Filósofo postal*, colección de pensamientos de diversos autores, editado por la librería «Nueva Infancia», de Montevideo.—*La Ganancia*, por Anselmo Lorenzo, conferencia editada por «El Porvenir del Obrero» de Mahón, 15 céntimos.—*Críticas al proyecto González* (ley nacional del trabajo) por A. Castro y García Balsas; Montevideo-Buenos Aires.—De la biblioteca «Juventud libertaria» de Barcelona: *¿Por qué somos anarquistas?* por S. Merlino, folleto á 10 céntimos de venta en prensa libertaria.

*La Rebelión*, de Montevideo; *La Aurora Social*, de Rosario de Santa Fe; *La Comarca del Vendrell*, de Vendrell; *El Ideal del Pueblo*, de Lérida; *Unión Dependientes de Comercio*, de Buenos Aires.